



# LA VIDA DE DIOS EN NOSOTROS (**LA CARIDAD**)

**TEMA 4** / SESIÓN PRIMERA

## TEMA 4 / SESIÓN PRIMERA

### IDEAS

- Es necesario purificar los conceptos de amor y caridad, deformados en el lenguaje común. El amor no radica en el sentimiento, sino en la voluntad interior –desde lo hondo del corazón- de entregarse. Es una acción por la que buscamos el bien del amado.
- Jesús en la Cruz revela el verdadero amor: el que Dios tiene con nosotros, el que nosotros estamos llamados a dar a Dios y a todos los hombres.
- Para nosotros no es posible amar así. Pero cuando amamos como Jesús nos ha amado, nuestro corazón se ensancha, porque le hacemos amar como quiere amar.

### DESARROLLO

Hoy se habla mucho del amor. Lo tenemos presente de múltiples maneras en el cine, en la televisión, en las noticias, en nuestra propia experiencia. Reviste muchas formas, tantas que resulta difícil ya poder decir en qué consiste amar. Y, sin embargo, no podemos vivir sin saberlo. Al menos, no podemos vivir sin experimentarlo. Pero da la impresión de que es una palabra gastada, que ya no es capaz –salvo en momentos concretos- de despertar la conciencia, de dirigir nuestra vida y darle impulso. Ya nos dice poco.

Los cristianos hablamos mucho del amor. No sin razón. San Juan define a Dios como Amor (1 Jn 4,8); Jesús afirma que los dos mandamientos más importantes son el amar a Dios y el amar al prójimo (Mc 12, 28-31) y nos entrega un nuevo mandamiento: *que os améis unos a otros como yo os he amado* (Jn 15,12). Para hablar de este amor empleamos el término *caridad*, un término que hemos ciertamente malgastado, que nos trae a la memoria la imagen de alguien que *hace caridad*, es decir, que limpia su conciencia dando algo de lo que le sobra a cualquier necesitado, pero sin implicarse personalmente ni preocuparse realmente por quien padece la necesidad, como si se tratase de una especie de autoblanqueo. Para comprender de verdad la caridad, virtud teologal, necesitamos borrar esa imagen y sustituirla por otra, la de Jesús clavado en la cruz: *En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados* (1 Jn 4,10). En el amor que Dios nos ha tenido se nos da la imagen de la verdadera caridad. Si nos fijamos bien en el texto del apóstol Juan que acabamos de leer, la plenitud de la caridad, del amor perfecto, no se pone en un sentimiento o en una emoción, sino en un hecho, en una acción: Dios ha aceptado la muerte del Hijo, se ha negado a sí mismo, por el amor que nos tiene. Es una acción, la de Dios, extrema (cf. Jn 13,1) y consiste en darlo todo, darse a sí mismo, para nuestra vida.

Ciertamente, esto implica *afecto* y *emoción* en Dios Padre y también, ya como hombre, en Jesús, pero el acento no está puesto aquí, sino en una decisión de la voluntad que se traduce en una acción concreta. Cuando la Biblia habla del amor de Dios habla siempre de lo que ha hecho por nosotros, movido de su inmenso amor, con decisiones que nacen desde

lo más hondo de su corazón. Probablemente, el mayor problema que tenemos nosotros es que vinculamos *amor* y *sentimiento* como si fuesen equivalentes. Ciertamente, van unidos con muchísima frecuencia, pero no son lo mismo. El sentimiento es fluctuante, periférico, cambia mucho, un día está despierto y otro día parece que ha desaparecido –y todo ello, sin causa aparente-. Sobre algo tan inestable como el sentimiento, no se puede edificar la vida, ni se puede sostener la entrega de la misma. El amor no radica en el sentimiento, sino en la voluntad interior –desde lo hondo del corazón- de entregarse, de darse renunciando a uno mismo.

Vemos en el mismo Señor lo que significa esto: Jesús no se pone nunca en el centro de sí mismo. Todo él –sin fisuras, *sin días libres ni horas para sí mismo*- es para nosotros. Jesús revela así, en sí mismo, en qué consiste el amor y también en que el modelo y la fuente del amor es Dios mismo, el amor mutuo y recíproco del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la santa Trinidad. Y todo Él ha expresado y realizado su amor por nosotros dándose hasta sí mismo hasta la muerte, para que nosotros recibamos la vida. Por eso Jesús en la Cruz revela el verdadero amor, la verdadera caridad: la que Dios tiene con nosotros, la que nosotros estamos llamados a dar a Dios y a todos los hombres.

¿Podemos nosotros amar así? ¿Es realmente posible la caridad con sus exigencias? Para ponderar hasta dónde ha llegado el amor de Dios por nosotros san Pablo llega a decir que Jesús murió por nosotros cuando nosotros éramos todavía sus enemigos (cf. *Rom 5,10*). ¿Podemos nosotros amar a los enemigos hasta dar la vida por ellos? ¿Podemos perdonar a quien no deja de ofendernos? ¿Cuál es la fuente de un amor que se traduce en bendecir a quien nos maldice? Nadie se atreverá a decir que todo eso resulta fácil y espontáneo. Es más, escucharemos a alguien que diga (tal vez nuestro propio corazón) que eso resulta exagerado, que no es razonable, que es un error.

Este es, sin embargo, el ámbito de la caridad, y el amor que Jesús nos pide. Nos lo pide porque Él nos ha amado así, porque así es el amor mismo de Dios. Nos pide, por tanto, que obremos como Él, que amemos lo que Él amó y que amemos como Él amó y como Él fue amado por el Padre.

Bien. Intentémoslo. Pongámonos a ello. Nos daremos cuenta de que por nosotros mismos no podemos amar hasta ese extremo y, sin embargo, nos daremos cuenta también de que a medida que amamos de esa manera experimentamos mayor alegría interior, mayor gozo, que nuestra vida mejora. Esto es así porque hemos sido creados por amor, porque Dios nos ha amado, y porque hemos sido también creados para amar y ser amados. Cuando amamos como Jesús nos ha amado, nuestro corazón se ensancha, porque le hacemos amar como quiere amar. Este gusto interior por el verdadero amor nos indica un camino, un camino que se recorre poco a poco.

La caridad es virtud teologal. Esto significa, en primer lugar, que es un don de Dios, que sin una acción de Dios sobre nosotros no es posible tenerla. Que no la conquistamos, sino que la recibimos y que es el modo en que Dios, por la fe, por la gracia de los sacramentos, nos hace capaces de amar como Él ama, comparte con nosotros su amor, poniendo su amor en nosotros.

Que sea virtud teologal significa también que su primer destinatario es Dios mismo. La caridad consiste, primero, en amar a Dios. Pero este amor de Dios es inseparable del amor al prójimo: “La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por Él mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios” (*Catecismo de la Iglesia Católica* 1822).

La fuente de este amor no puede ser sino Dios mismo. De hecho, es el Espíritu Santo quien derrama en nosotros la caridad, como dice san Pablo (*Rom* 5,5). Por el bautismo y por la fe somos templo de Dios, Dios mismo habita en nosotros. El Espíritu Santo, desde dentro –pero sólo en la medida en que libremente cooperamos con Él- pone en nosotros una nueva capacidad de amar a Dios y al prójimo, con un amor que ya no depende de que el prójimo sea bueno con nosotros, o de que sea amable en sí mismo, sino del mismo amor que nace de nuestro corazón y lo alimenta. ¡Cuántas personas conoceremos que aman de este modo!